

TENSIÓN SUPERFICIAL

James Blish

El doctor Chatvieux se pasaba las horas sobre el microscopio, dejando a La Ventura sin otra ocupación que la de contemplar el muerto paisaje de Hydrot. Mejor sería llamarlo marina, pensó, pues el nuevo mundo sólo presentaba un pequeño continente triangular plantado en medio del océano infinito, e incluso este breve territorio estaba en gran parte inundado.

Los restos de la nave repobladora yacían rotos sobre el único rastro de roca que Hydrot parecía poseer, y que se elevaba a unos majestuosos siete metros por encima del mar. Desde esta eminencia. La Ventura podía ver a cuarenta millas de distancia por encima de un llano fangoso. La roja luz de la estrella Tau Ceti, titilando sobre millares de pequeños lagos, lagunas, estanques y charcos, convertía la inundada llanura en un mosaico de ónice y rubí.

Si fuese un hombre religioso - dijo, de pronto, el piloto -, llamaría a esto un caso claro de venganza divina. Chatvieux emitió un pequeño gruñido interrogador.

- Es como si hubiésemos sido derribados por nuestra orgullosa arrogancia.

- ¿Lo cree así? - dijo Chatvieux, levantando al fin la vista -. Yo no me sentía, precisamente, henchido de orgullo en ese momento. ¿Y usted?

- Tampoco estoy muy orgulloso de mi pilotaje - admitió La Ventura -. Pero no me refiero a eso, sino, ante todo, al porqué vinimos aquí. Supone mucho orgullo el creer que uno puede sembrar hombres, o al menos cosas parecidas a hombres, por toda la faz de la Galaxia. Y se necesita aún más orgullo para hacerlo... para cargar con todo el equipo de ir de planeta en planeta e incluso fabricar los hombres adecuados a cada lugar en que tocamos.

- Creo que así es - dijo Chatvieux. - Pero sólo somos una entre los centenares de naves repobladoras que recorren este extremo de la Galaxia, y dudo que los dioses nos eligiesen como más pecadores - sonrió secamente -. Si así fuese, acaso nos hubiesen dejado el ultrafono, para que el Consejo de Colonización pudiese enterarse de nuestro percance. Además, Paul, tratamos de producir hombres adaptados a planetas del tipo terrestre, y no otra cosa. Tenemos suficiente sentido (humildad sufi-

ciente, si lo prefiere), para saber que no podemos adaptar hombres a Júpiter o a Tau Ceti.

- Sea como sea, aquí estamos - dijo La Ventura con acento sombrío -. Y no vamos a salir de ésta. Phil me dice que ni siquiera tenemos ya nuestro banco de células embrionarias, de modo que no podremos sembrar este sitio como de costumbre. Hemos sido arrojados a un mundo muerto y condenados a adaptarnos a él. ¿Qué van a hacer los panátropos... proporcionarnos aletas?

- No - dijo Chatvieux con toda calma -. Usted, yo y los demás vamos a morir. Las técnicas panatrópicas no pueden actuar sobre el cuerpo, solamente sobre los factores portadores de la herencia. No podemos darle a usted alas como no podemos darle un nuevo cerebro. Creo que seremos capaces de poblar este mundo de hombres, pero no de vivir para verlo.

El piloto reflexionó sobre ello, mientras un nudo de fríos gemidos se le acumulaba en el estómago.

- ¿Cuánto tiempo nos concede? - dijo al fin.

- ¿Quién sabe? Un mes, quizás.

El amparo que conducía a la parte averiada de la nave estaba descorrido y dejaba penetrar un aire salino y húmedo, cargado de bióxido de carbono. Philip Strasvogel, el oficial de comunicaciones, entró dejando un rastro de barro. Como La Ventura, era ahora un hombre sin funciones, pero esto no parecía preocuparle. Se desabrochó un cinturón de lona que llevaba frascos de plástico en vez de cartuchos.

- Más muestras, doctor - dijo -; siempre lo mismo... agua y humedad. Hoy traigo también arena movediza en una bota. ¿Encontró algo?

- Mucho, Phil. Gracias. ¿Están los otros por ahí?

Strasvogel sacó la cabeza y llamó. Varias voces respondieron desde el llano fangoso. Minutos después, el resto de los supervivientes estaba reuniéndose en la cubierta del panátropo: Saltonstall, primer ayudante de Chatvieux; Eunice Wagner, la única ecóloga que les quedaba; Eleftherios Venezuelos, delegado del Consejo de Colonización; y Joan Heath, un miembro de la tripulación cuyos deberes, como los de La Ventura y Strasvogel, carecían ya de sentido.

Cinco hombres y dos mujeres... para colonizar un planeta en el que estar de pie suponía pisar agua.

Entraron en silencio y buscaron asientos o lugares donde acomodarse, en los bordes de las mesas, por los rincones...

- ¿Cuál es su veredicto, doctor Chatvieux? - dijo Venezuelos.

- Este lugar no está muerto - afirmó Chatvieux -. Hay vida tanto en el mar como en el agua dulce. En ésta, la evolución animal parece haberse detenido en los crustáceos; la forma más adelantada que he encontrado es un pequeño cangrejo de uno de los riachuelos... Estanques y charcos están bien provistos de protozoos y pequeños metazoarios, con una maravillosamente variada población de infusorios... incluso un constructor de castillos del tipo de los *floscularidae* terrestres. Las plantas van desde las simples algas a las especies del tipo *thallus*.

- En el mar ocurre aproximadamente igual - dijo Eunice -. He encontrado algunos de los mayores metazoarios simples

- medusas y otros semejantes - y algunos cangrejos casi tan grandes como langostas. Pero es normal que las especies de agua salada sean más grandes que las de agua dulce.

- En resumen - dijo Chatvieux - que sobreviviremos aquí..., si luchamos.

- Un momento - intervino La Ventura -. Acaba de decirme que no podríamos sobrevivir. Y estaba hablando de nosotros, no de la especie, porque ya no tenemos bancos de células. Entonces...

- Enseguida volveremos sobre eso - dijo Chatvieux -. Saltonstall, ¿qué le parece si utilizáramos el mar? Ya salimos de él una vez; quizá podamos repetirlo.

- No lo creo - dijo inmediatamente Saltonstall -. Me gusta la idea, pero no creo que este planeta haya oído hablar nunca de Swinburne ni de Homero. Considerándolo como un problema de colonización, como si no nos afectase personalmente, yo no confiaría en su *epí oinoma ponton*. La presión evolutiva es allí demasiado alta; la competencia de las otras especies resulta prohibitiva. Repoblar el mar es lo último que debiéramos intentar. Los colonos no tendrían la menor oportunidad de aprender antes de verse destruidos.

- ¿Por qué? - dijo La Ventura. El frío de su estómago se estaba haciendo difícil de aplacar.

- Eunice, ¿hay entre sus celenterios de altura alguno semejante al «buque de guerra» portugués?

La ecóloga asintió.

- Ahí tiene la respuesta, Paul - dijo Saltonstall -. El mar queda descartado. Tiene que ser agua dulce, donde los seres con quienes competir son menos poderosos y hay más lugares para ocultarse

No podemos competir con una medusa preguntó La Ventura, tragando saliva

No Paul dijo Chatvieux , los panátropos fabrican adaptaciones no dioses Toman células embrionarias humanas en este caso las nuestras ya que nuestro banco quedo destruido en la caída y las modifican para conseguir criaturas que puedan vivir en cualquier medio razonable. Los resultados son humanos e inteligentes. Además, suelen mostrar el tipo de personalidad del donante. *Pero izo podemos transmitir la memoria.* El hombre adaptado es peor que un niño en su nuevo ambiente. Carece de historia, de técnica, de precedentes incluso de lenguaje. Ordinariamente, los equipos de repoblación los llevan durante algún tiempo a la escuela elemental antes de abandonar el planeta; pero nosotros no vamos a sobrevivir lo suficiente para hacerlo. Tendremos que proyectar a nuestros colonos con el máximo de protecciones autónomas y situarlos en el medio más favorable posible, para que al menos algunos de ellos sobrevivan al proceso de aprendizaje.

El piloto reflexionó sobre ello, pero no se le ocurrió nada que no hiciese parecer el desastre más real e íntimo a cada segundo que pasaba

- Una de las nuevas criaturas, puede tener mi personalidad, pero no será capaz de recordar que he existido. ¿No es así.

- Exactamente. Acaso pueden haber débiles residuos... La panatropía nos ha proporcionado algunos datos que parece apoyar la vieja teoría jungiana de la memoria ancestral Pero todos nosotros vamos a morir en Hydrot, Paul. Esto es inevitable. Vamos a dejar a unas gentes que sé conducirán pensarán y sentirán como lo haríamos nosotros, pero que no recordarán a La Ventura ni a Chatvieux ni a Joan Heath... ni a la Tierra.

El piloto no añadió palabra. Tenía en la boca un amargo regusto.

- Saltonstall ¿qué recomienda usted en cuanto a la forma?

El panatropista se pellizcó reflexivamente la nariz.

- Desde luego, extremidades membranosas, con dedos fuertes y en púa como defensa hasta que la criatura tenga ocasión de aprender. Pulmones como los de los arácnidos, funcionando por espiráculos intercostales... Son gradualmente adaptables a la respiración atmosférica, por si alguna vez deciden abandonar el agua. También recomendaría la esporulación. Como animal acuático nuestro colono va a tener un período de vida indefinido; pero hemos de darle un ciclo natal de unas seis semanas a fin de conservar su número durante el período de aprendizaje. A la vez, debe haber una interrupción de cierta duración en su actividad anual. De otro modo, tendrían que enfrentarse con el problema de la población antes de haber aprendido lo suficiente para solucionarlo.

También sería conveniente que nuestros colonos pudiesen invernar dentro de una fuerte concha - añadió Eunice Wagner asintiendo -. De modo que la esporulación es el mejor sistema. La mayoría de las criaturas microscópicas la tienen

- ¿Microscópica? - dijo Phil incrédulo.

- Naturalmente - repuso Chatvieux, divertido -. No podemos meter a un hombre de uno ochenta en una charca de sesenta centímetros. Pero esto suscita otro problema. Vamos a tener una fuerte competencia de los infusorios, y algunos de ellos no son estrictamente microscópicos. No creo que su colono medio deba tener menos de veinticinco micrones, Saltonstalí. Deles una oportunidad de vapulearlos.

- Pensaba hacerlos doble de ese tamaño.

- Entonces serían los seres más grandes de su medio - señaló Eunice Wagner -, y no llegarían a adquirir la menor destreza. Además, haciéndolos de un tamaño semejante al del infusorio, esto les dará un incentivo para expulsar a los constructores de castillos.

- Podrán apoderarse de los castillos como vivienda.

- De acuerdo - asintió Chatvieux -, empecemos. Mientras se calibran los panátropos, los demás podemos pensar el mensaje que vamos a dejar a esas gentes. Los micrograbaremos en una serie de planchas metálicas a prueba de corrosión, de un tamaño que nuestros colonos puedan manejar fácilmente. Algún día podrán descifrarlas.

- Una pregunta - dijo Eunice Wagner-. ¿Vamos a decirles que son microscópicos? Yo me opongo. Eso unciría toda su historia primitiva a una mitología de dioses y demonios sin la que vivirán mucho mejor.

Sí, se lo diremos - afirmó Chatvieux; y La Ventura advirtió en el cambio de tono que ahora hablaba como su superior -. Esas gentes serán de nuestra especie, Eunice. Queremos que sean capaces de abrirse de nuevo camino hasta la comunidad humana. No son juguetes a los que haya que proteger para siempre de la verdad en un vientre de agua dulce.

- Daré a esto carácter oficial - dijo Venezuelos; y eso fue todo.

Lo esencial estaba decidido. Se pusieron en movimiento. Empezaban a tener hambre. Cuando La Ventura tuvo registrado su tipo de personalidad, quedó fuera del asunto. Se sentó solo en el extremo más lejano del arrecife, observando la puesta rojiza de Tau Ceti, arrojando guijarros al estanque más cercano y preguntándose morosamente qué charca sin nombre sería su Leteo.

Naturalmente, no llegó a saberlo. Ni ninguno de ellos.

I

El viejo Shar apartó al fin su vista de la pesada placa metálica y miró por la ventana del castillo, dejando en apariencia que sus ojos descansasen en la oscuridad con reflejos auriverdosos de las aguas estivales. En la suave fluorescencia que caía sobre él, del Nocticulo que dormitaba impasible en la aristada bóveda de la cámara, Lavaron podía ver que era en realidad un hombre joven. Su rostro estaba tan delicadamente formado como para sugerir que no hablan pasado por él muchas estaciones desde que surgió de su espora.

Desde luego, no había ninguna razón para que fuese un viejo. A todos los Shar se les había denominado tradicionalmente *Viejo Shar*. La razón, como las de todo lo demás, se había olvidado, pero la costumbre persistía, y al menos el adjetivo daba peso y dignidad al cargo.

El presente Shar pertenecía a la generación XVI, y por tanto, tenía que ser cuando menos dos estaciones más joven que Lavon. Si era viejo, lo era tan sólo en el saber.

- Lavon, voy a tener que ser franco contigo - dijo Shar al cabo, todavía mirando por la alta e irregular ventana -. Has venido hasta mí en busca de los secretos de las placas metálicas, como tus predecesores vinieron a los míos. Puedo confiaros algunos de ellos... pero la mayor parte ignoro lo que significan.

- ¿Al cabo de tantas generaciones? - se sorprendió Lavon -. ¿No fue Shar III quien primero descubrió el modo de leerlas? Y eso pasó hace mucho tiempo.

El joven se volvió y miró a Lavon con ojos a los que hacían oscuros e insondables las profundidades que habían estado contemplando.

- Puedo leer lo escrito en las placas, pero la mayor parte de ello parecer carecer de sentido. Y lo peor es que están incompletas. ¿No lo sabías? Una de ellas se perdió en la lucha, durante la guerra final con los - Devoradores, mientras estos castillos estaban todavía en sus manos.

- Entonces, ¿para qué sigo aquí? - dijo Lavon -. ¿No queda nada de valor en las restantes placas? ¿Contienen realmente «la sabiduría de los Creadores» o es sólo otro mito?

- No, no; eso es cierto - dijo Shar con voz lenta - valga lo que valga.

Hizo una pausa, y ambos hombres se volvieron y contemplaron a la fantasmal criatura que había aparecido de pronto al otro lado de la ventana. Después, Shar dijo gravemente:

- Entra, Para.

El organismo en forma de chinela, casi transparente a no ser por los millares de gránulos negro y plata y las espumosas burbujas que almacenaba en su interior, se deslizó en la cámara y revoloteó, con un mudo aleteo de cilios. Permaneció un momento silencioso, probablemente hablando telepáticamente con el Noc que flotaba en la bóveda, al modo ceremonioso de los protozoarios. Ningún humano había interceptado nunca uno de estos coloquios, pero no había duda de su realidad: los humanos los habían utilizado durante generaciones para las comunicaciones a larga distancia.

Después, los cilios de Para zumbaron una vez más. Cada excrecencia en forma de cabello vibraba a velocidad propia y cambiante; y las ondas de sonido resultantes se difundían por el agua, intermodulándose, reforzándose o anulándose mutuamente. El agregado de ondas, cuando llegaba a alcanzar los oídos humanos, era lenguaje inteligible.

- Hemos llegado según la costumbre.

- Bienvenidos - dijo Shar -. Lavon, dejemos este asunto de las placas hasta que oigamos lo que Para tiene que decirnos; forma parte del saber que los Lavon deben tener cuando llegan a la mayoría de edad, y es anterior a las placas. Puedo darte algunos indicios de lo que somos; pero antes Para debe decirte algo de lo que no somos.

Lavon asintió, y observó al pronto mientras éste se posaba suavemente en la superficie de la mesa labrada en la que Shar había estado sentado. Había en aquel ser tal perfección y economía orgánicas, tal gracia y seguridad de movimientos, que apenas podía creer en su propia y recién adquirida madurez. Para, como todos los

protos, le hacía sentirse, no, quizá, pobremente ideado, pero al menos incompleto.

- Sabemos que en este universo no existe lógicamente lugar para el hombre - prorrumpió bruscamente el esplendente cilindro, ahora inmóvil sobre la mesa -. Nuestra memoria es propiedad común de todas nuestras razas. Alcanza al tiempo en que no había aquí tales criaturas. Recuerda también que cierto día las hubo de pronto, y más de una. Sus esporas cubrieron el fondo; las encontramos poco después de nuestro despertar estacional, y en ellas vimos latentes las formas de los hombres. Después, los hombres rompieron sus esporas y salieron de ellas. Eran inteligentes y activos, y se hallaban dotados de un rasgo, de un carácter no poseído por ninguna otra criatura de este mundo. Ni siquiera los salvajes Devoradores lo tenían. Los

hombres nos organizaron para exterminar a los Devoradores, y eso es lo que los caracterizaba:

tenían iniciativa. Conocemos la palabra, porque vosotros nos la enseñasteis, y la aplicamos, pero aún no sabemos qué es lo que designa.

- Combatisteis junto a nosotros - dijo Lavon.

- Del mejor grado. Nunca hubiésemos pensado en esta guerra por nosotros mismos, pero era justa y salió bien. Pero seguíamos desconcertados. Veíamos que los hombres eran torpes nadando, caminando, reptando y trepando; que estaban hechos para fabricar y utilizar herramientas, un concepto que aún no comprendemos, porque tan maravilloso don se desperdicia casi por completo en este universo, y no existe otro. ¿De qué sirven unos miembros como las manos del hombre? No lo sabemos. Parece claro que algo tan radical debería conducir a un dominio sobre el mundo mucho mayor que el que, de hecho, se ha demostrado ser posible para los hombres.

A Lavon le daba vueltas la cabeza.

- Para, no sabía que tus gentes fuesen filósofos.

- Los protos son muy viejos - dijo Shar. Se había vuelto de nuevo a mirar por la ventana, con las manos enlazadas a la espalda -. No son filósofos, Lavon, pero sí unos lógicos impenitentes. Escucha a Para.

- Este razonamiento no podía tener más que una salida - dijo Para -. Nuestro extraño aliado, el hombre, era distinto a cuanto hay en este universo. Era y es. Estaba y está mal adaptado a él. No pertenece a él; ha sido... adoptado. Esto nos lleva a pensar que hay otros universos además de éste, pero es imposible imaginar dónde pueden estar y cuáles pueden ser sus propiedades, sus características. Como bien saben los hombres, carecemos de imaginación.

¿Estaba ironizando aquella criatura? Lavon no podía afirmarlo. Dijo pensativo:

- ¡Otros universos! ¿Cómo es posible?

- No lo sabemos - susurró la voz monótona de Para. Lavon esperó, pero al parecer el proto no tenía más que decir.

Shar había vuelto a sentarse en el antepecho, abrazando sus rodillas, observando el ir y venir de vagas formas en el abismo iluminado.

- Es muy cierto - dijo -. Lo escrito en las placas que quedan lo deja bien claro. Permíteme decirte ahora lo que allí se lee.

- *Fuimos creados*, Lavon. Fuimos hechos por hombres que no eran como nosotros, pero que, no obstante, fueron nuestros antepasados. Víctimas de algún desastre, nos crearon y pusieron aquí, en nuestro universo, para que, aunque ellos tuvieran que morir, la raza de los hombres sobreviviese.

Lavon se incorporó de la estera de espirogiras sobre la que había estado sentado.

- ¡Me tomas por tonto! - dijo con acritud.

- No. Eres nuestro Lavon; tienes derecho a conocer los hechos. Después, haz de ellos lo que quieras - Shar volvió a introducir en la cámara sus pies membranosos -. Lo que te he dicho puede ser difícil de creer, pero parece cierto; y lo que Para dice lo respalda. Nuestra inadecuación para vivir aquí es evidente. Te daré algunos ejemplos:

Los últimos cuatro Shar descubrieron que no adelantaremos en nuestros estudios hasta que aprendamos a controlar el calor. Hemos producido químicamente calor suficiente para demostrar que incluso el agua que nos rodea cambia cuando la temperatura llega a ser lo bastante alta. Pero ahí estamos detenidos.

- ¿Por qué?

- Porque el calor producido en el agua libre es arrastrado tan rápidamente como se produce. Una vez tratamos de encerrar ese calor, y lo que conseguimos fue hacer saltar todo un conducto del castillo y matar cuanto se hallaba a su alcance. El golpe fue terrible. Medimos las presiones que suponía aquella explosión y descubrimos que ninguna sustancia de las que conocemos podría haberla resistido. La teoría sugiere sustancias más fuertes... *¡pero necesitamos calor para producirlas!*

» Piensa en nuestra química. Vivimos en el agua. Todo parece disolverse en ella, en cierta medida. ¿Cómo limitar un experimento químico al crisol en que lo encerramos? ¿Cómo mantener una solución en una disolución? No lo sé. Todos los caminos me llevan al mismo muro de piedra.

Somos criaturas pensantes, Lavon; pero existe algo totalmente erróneo en nuestro modo de pensar sobre este universo en que vivimos. Por eso no parece llevamos a ningún resultado.

Lavon se echó hacia atrás la flotante cabellera: «Quizás estés pensando en resultados irrazonables. No hemos tenido problemas con la guerra, las cosechas u otras cosas prácticas de este tipo. Si no podemos producir mucho calor, la verdad es que la mayoría de nosotros no lo echaremos de menos; no nos hace falta para nada. ¿Cómo se supone que es el otro universo, el que habitaron nuestros antepasados? ¿Aventaja en algo a este nuestro?

- No lo sé - admitió Shar -. Era tan diferente que resulta difícil compararlos. Las placas de metal hablan de hombres que viajaban de un lado para otro dentro de un recipiente que se movía por sí solo. La única analogía que se me ocurre son las chalupas de concha de diatomeas que nuestros pequeños utilizan para resbalar por el termoclinal; pero, evidentemente, se refiere a algo mucho más grande.

» Me imagino una enorme chalupa, cerrada por todos lados, y lo bastante grande para contener a muchas personas... quizá veinte o treinta. Tenía que viajar durante generaciones por alguna clase de espacio en el que no había agua para respirar, de modo que los ocupantes habían de llevar su propia agua y renovarla constantemente. No existían estaciones, ni cambio anual, ni formación de hielo en el cielo por tratarse de una chalupa cerrada; ni formación de esporas... Entonces, la chalupa se averió por alguna circunstancia. Sus ocupantes sabían que iban a morir. Nos crearon y nos pusieron aquí, como si fuésemos sus hijos. Porque iban a morir, escribieron su historia en las placas, para contarnos lo sucedido. Creo que lo comprenderíamos mejor si poseyésemos la lámina Sahr III, perdida durante la guerra, pero desgraciadamente no es así.

- Todo eso suena a parábola - dijo Lavon, encogiéndose de hombros -. O a canción. No veo por qué no lo entiendes. Lo que no comprendo es por qué te molestas en probar.

- Por las placas - dijo Shar -. Tú mismo las has manejado y sabes que no poseemos nada parecido. Tenemos metales toscos e impuros que hemos trabajado a golpes, metales que duran poco tiempo. Pero las placas siguen brillando generación tras generación. No cambian; nuestros martillos y herramientas de grabar se rompen contra ellas; el poco calor que podemos generar no llega a afectarlas. Esas placas

no fueron hechas para nuestro universo... y ese solo hecho hace que cada una de sus palabras sea importante para mí. Alguien se esforzó por hacer esas placas indestructibles para legárnoslas. Alguien para quien la palabra «estrella» era lo bastante importante para repetirla catorce veces, a pesar de que no parece tener significado. Estoy dispuesto a pensar que si nuestros creadores repitieron la palabra aunque no fuese más que dos veces en un documento que parece capaz de durar siempre, es importante para nosotros saber lo que significa.

Lavon se puso en pie.

- Todos esos universos exteriores y enormes chalupas y palabras sin sentido... no puedo decir que no existan, pero no veo qué pueden importarnos. Los Shars de hace algunas generaciones pasaban su vida en conseguir mejores cosechas de algas para nosotros, y enseñándonos cómo cultivarlas en vez de vivir azarosamente de las bacterias. Eso sí era un trabajo que valía la pena. Los Lavon de aquellos tiempos salieron adelante sin las placas metálicas, y procuraron que los Shars saliesen

también. En cuanto a mí, disponed de ellas, si las preferís a la mejora de las cosechas... pero creo que deben ser desechadas.

- Muy bien - dijo Shar encogiéndose de hombros -. Si no las queréis, esto pone fin a la tradicional entrevista. Vamos a...

Se alzó un rumor sobre la mesa. El Para estaba levantándose, con oleadas de emoción cruzando sus cilios, como las olas que recorrían los fructíferos tallos de los campos de delicados hongos de que estaba plantado el fondo. Había permanecido tan en silencio que Lavon lo había olvidado; y el sobresalto de Shar le indicó que otro tanto le había ocurrido a él.

- Ésta es una gran decisión - palpitaron las ondas sonoras propagadas por aquel ser -. Todos los protos la han oído y están de acuerdo con ella. Hemos vivido mucho tiempo con el temor a esas placas metálicas, con miedo a que los hombres llegasen a entenderlas y se fuesen tras sus palabras a algún lugar secreto, dejando abandonados a los protos. Ahora ya no tememos.

- No teníais por qué temer - dijo Lavon con indulgencia.

- Ningún Lavon había hablado así

- dijo Para.-. Estamos contentos. Arrojaremos las placas al abismo.

Y diciendo esto, la reluciente criatura se lanzó hacia la aspillera. Llevaba consigo el resto de las placas, sobre las que había estado posado en la mesa, suspendidas delicadamente en los curvos extremos de sus

flexibles cilios. Con un grito, Shar se precipitó cortando el agua hacia la abertura.

¡Detente, Para!

Pero Para se había ya marchado, tan velozmente que ni siquiera llegó a oír la llamada.

Shar retorció su cuerpo y se detuvo con un hombro contra la pared de la torre. No dijo nada. Bastaba con la expresión de su cara. Lavon no pudo contemplarla más de un instante.

Las sombras de ambos hombres se deslizaron lentamente por el suelo accidentado y poblado de guijarros. El Noc descendió hacia ellos desde la bóveda, con su único y grueso tentáculo agitando el agua, su luz interna brillando y desvaneciéndose a intervalos irregulares. También él cruzó la aspillera en pos de su primo, y se hundió lentamente a lo lejos, camino del fondo. Suavemente, su vivo resplandor fue empañándose y osciló tembloroso hasta extinguirse.

II

Durante muchos días, Lavon pudo evitar el pensar demasiado sobre la pérdida. Había siempre mucho trabajo. El mantenimiento de los castillos, construidos por los ahora desaparecidos Devoradores y no por manos humanas, era una tarea sin fin. Sus estructuras, dicotómicamente ramificadas, tendían a derrumbarse, especialmente por sus bases, donde se desmoronaban; y ningún Shar había podido idear un mortero comparable a la baba de infusorio que en otro tiempo los había unido. Además, la apertura de ventanas y la construcción de habitaciones se hizo en los primeros tiempos al azar y con frecuencia sin una idea clara de las necesidades. Al fin y al cabo, la arquitectura instintiva de los infusorios no pretendía servir a ocupantes humanos.

Y estaban también las cosechas. Los hombres ya no se alimentaban precariamente de bacterias viajeras. Ahora disponían de los flotantes tallos de ciertos hongos acuáticos, ricos y nutritivos, cultivados por cinco generaciones de Shars, que necesitaban de constante atención para conservar puras las estirpes e impedir que los protos de las especies más antiguas y menos inteligentes pastasen en ellos. Claro que en esta última tarea cooperaban los tipos de proto más evolucionados y previsores, pero era necesaria la supervisión de los hombres.

Hubo una época, tras la guerra con los Devoradores, en la que había sido habitual el convertir en presa a las lentas y estúpidas diatomeas, cuyas exquisitas y frágiles cáscaras cristalinas resultaban tan fáciles de romper, y que eran incapaces de aprender que una voz amistosa no supone necesariamente un amigo. Aún quedaban quienes cascaban una diatomea cuando no había otra cosa a la vista, pero eran considerados como bárbaros, con gran estupefacción de los protos. El confuso e ingenuo lenguaje de aquellas plantas suntuosamente decoradas las había elevado a la categoría de animalillos domésticos... un concepto que los protos eran totalmente incapaces de comprender, especialmente cuando los hombres admitían que las diatomeas en su media concha estaban deliciosas.

Lavon había tenido que admitir desde un principio que la distinción era minúscula. Si bien se piensa, los humanos comían las desmidas, que sólo se diferenciaban de las diatomeas en tres detalles: que sus conchas eran flexibles, y que no podían moverse ni hablar. Sin embargo, para Lavon, como para la mayoría de los hombres, parecía residir en ello alguna clase de distinción, pudiesen verlo o no los protos, y esto era todo. Dadas las circunstancias, sintió que formaba parte de su deber como jefe de hombres el proteger a las diatomeas de los furtivos que de vez en cuando las hacían su presa, desafiando la costumbre, en las altas capas del cielo soleado.

No obstante, le fue imposible a Lavon estar lo bastante ocupado para olvidar el momento en que las últimas claves del origen y destino del hombre fueron arrojadas a los espacios oscuros.

Sería posible solicitar de Para la devolución de las láminas, explicarle que había sido un error Los protos eran criaturas de una lógica implacable, pero respetaban al hombre, estaban habituados a su ilogismo y podían volver de su acuerdo si se ejercía presión sobre ellos.

Lo sentimos. Las placas fueron llevadas más allá de la barra y soltadas en el abismo. fiaremos que busquen en aquellos fondos, pero...

Con una sensación de malestar que era incapaz de reprimir, se dio cuenta de que ésta, o muy parecida, iba a ser la respuesta. Cuando los protos decidían que algo carecía de valor, no lo escondían en una habitación como las viejas. Se deshacían de ello... con la máxima eficacia.

Y sin embargo, a pesar del tormento de su conciencia, Lavon seguía convencido de que las placas estaban bien perdidas. ¿Qué habían hecho nunca por el hombre, aparte proporcionar a los Shars cosas inútiles en que pensar en las últimas estaciones de su vida?

Cuanto los Shars hablan logrado en beneficio del hombre aquí, en el agua, en el mundo, en el universo, había sido por experimentación directa. Ni un ápice de saber útil había salido nunca de las placas. Nunca hubo en ellas sino cosas en las que era mejor no pensar. Los protos tenían razón.

Lavon cambió de postura en la fronda donde había estado sentado vigilando la recolección de una cosecha experimental de algas verdiazuladas, ricas en grasa, que flotaban en apretada masa cerca del límite del cielo, y se rascó suavemente la espalda contra el rugoso tallo. La verdad es que los protos se equivocaban rara vez. Su falta de creatividad, su incapacidad para el pensamiento original, era un don antes que una limitación. Ello les permitía ver y sentir en todo momento las cosas como eran, no como esperaban que fuesen, pues ni siquiera tenían la capacidad de esperan

- ¡Lavon! ¡Laaa-von!

La larga llamada llegó flotando desde las dormidas profundidades. Apoyando una mano en el tronco, Lavon se inclinó y miró hacia abajo. Uno de los recolectores levantaba la cara hacia él, sosteniendo descuidadamente la azuela con la que había estado arrancando las gelatinosas tétradas de las algas.

- Aquí estoy. ¿Qué ocurre?

- Hemos arrancado todo el cuadro maduro. ¿Hay que subirlo?

- Sí, subido - dijo Lavon, con gesto perezoso. Volvió a echarse hacia atrás. En el mismo instante, un brillante resplandor rojizo se produjo por encima de él y se extendió hacia las profundidades en sucesión de mallas de finísimo oro. La gran luz que vivía sobre el cielo durante el día, brillando u oscureciéndose según cierta ley que ningún Shar había logrado explicar, volvió a lucir.

Pocos hombres, presos en cálido resplandor de aquella luz, podían resistir el deseo de mirarla; sobre todo cuando la propia cumbre de los cielos se encrespaba y sonreía lejana. Pero, como siempre, la pasmada mirada de Lavon no le trajo más que su propia imagen deformada y temblona, y el reflejo de la planta en la que des cansaba.

Allí estaba él limite superior, la tercera de las tres superficies del universo.

La primera era el fondo, donde el agua terminaba.

La segunda, el termoclinal, la invisible división entre las frías aguas profundas y las cálidas y luminosas del cielo. En el apogeo del tiempo cálido, el termoclinal era una línea tan definida que resultaba posible deslizarse por ella, y atravesarla era como cambiar de estación. Una auténtica superficie interna se formaba entre las frías y más densas aguas del fondo y las cálidas capas altas, y se mantenía casi durante toda la estación cálida.

La tercera superficie era el cielo. Atravesarlo era tan imposible como penetrar en el fondo, y tampoco existía mejor razón para intentarlo. Allí terminaba el universo. La luz que a diario jugaba sobre él, surgiendo y desvaneciéndose a su antojo, parecía ser una de sus propiedades.

Hacia el final de la estación, el agua se hacía gradualmente más fría y más difícil de respirar, a la vez que la luz disminuía y duraba períodos más cortos entre los de completa oscuridad. Lentas corrientes se Ponían en movimiento. Las aguas altas se tornaban heladas y empezaban a descender. El limo del fondo se agitaba y elevaba en nubes, arrastrando consigo las esporas de los campos de hongos. El termoclinal se suavizaba, iba fragmentándose y acababa por fundirse. El cielo empezaba a nublarse con las partículas de fango arrastradas del fondo, las paredes y los rincones del universo. Al poco tiempo, el mundo entero se mostraba frío, inhóspito y constelado de criaturas amarillentas y moribundas.

Era el momento en que se enquistaban las bacterias y la mayoría de las plantas; y, poco después, también los hombres se acurrucaban en sus ambarinas conchas repletas de aceite. Moría el mundo hasta que la primera tímida corriente de agua templada rompiese el silencio invernal.

- ¡La-von!

Apenas calló el grito, una reluciente burbuja cruzó junto a Lavon. Éste extendió el brazo y la cogió, pero ella consiguió escapar a su fuerte garra. Las burbujas de gas que se alzaban del fondo al final del verano eran casi invulnerables, y cuando algún golpe o filo especialmente fuerte las traspasaba, se rompían en burbujas menores a las que nada podía tocar y volaban hacia el cielo, dejando tras de sí un acusado mal olor.

Gas. No había agua dentro de una burbuja. El hombre que penetrase en una de ellas no tendría qué respirar.

Claro que era imposible penetrar en una burbuja. La tensión superficial era demasiado fuerte. Tan fuerte como las placas metálicas de Shar. Tanto como la cumbre de los cielos.

Tan fuerte como la cumbre de los cielos... Y más allá - una vez rota la burbuja

¿Un mundo de gas en vez de agua? ¿Eran todos los mundos burbujas de agua moviéndose en el gas? Si así fuera, el viaje entre ellos resultaba impensable, puesto que empezaría por ser imposible penetrar en el cielo. Pero tampoco aquella cosmología en la infancia explicaba el problema del fondo del mundo. Y, no obstante, algunos de los seres conocidos se internaban en él, muy profundamente, buscando algo que estaba fuera del alcance del hombre. La finísima superficie del légamo bullía en medio del verano de diminutas criaturas para las que el barro era un medio natural. También el hombre pasaba libremente entre los dos territorios acuáticos divididos por el termoclinal, aunque muchos de los seres con quienes convivía encontraban imposible atravesar aquella línea establecida por sí sola.

Y si el nuevo universo del que Shar habla hablado existía, tenía que existir más allá del cielo, donde estaba la luz. ¿Por qué, después de todo, no iba a ser posible atravesar el cielo? El que las burbujas pudiesen romperse demostraba que la envoltura superficial formada entre agua y gas no era completamente invulnerable. ¿Se habla intentado alguna vez?

Lavon no suponía que un hombre pudiese abrirse camino a través del límite del cielo, como no podría penetrar en el suelo, pero acaso hubiese modo de orillar esta dificultad. Aquí mismo, a su espalda, estaba una planta que tenía la apariencia de continuar más allá del cielo: sus frondas superiores rompían al exterior, y sólo parecían retroceder por efecto de reflexión.

Siempre se había supuesto que las plantas morían donde tocaban el cielo. Así era para la mayoría, porque con frecuencia resultaba visible la parte muerta, empapada y amarilla, vacíos los alvéolos de sus células, flotando acostada en el perfecto espejo. Pero otras parecían simplemente tronchadas, como ésta en la que ahora se apoyaba. Y quizá también esto fuese tan sólo una ilusión, y en vez de ello se

remontasen indefinidamente hasta algún otro lugar.. Algún lugar donde en otro tiempo pudieron nacer hombres, y podían todavía vivir.

Las placas habían desaparecido. Quedaba sólo otro modo de descubrirlo.

Decididamente, Lavon empezó a trepar hacia el cambiante espejo del cielo. Sus pies en garra se apoyaban descuidadamente en los incrustados racimos de frágiles y granuladas diatomeas. Las cabezas en tulipa de los *Vortare*, plácidos y murmuradores primos de los Para, se encogían sobresaltadas apartándose de su camino, para prorrumpir en estúpidos comadreos a su espalda.

Lavon no los oía. Seguía trepando obstinadamente hacia la luz, aferrándose al tallo con pies y manos.

- ¡Lavon! ¿Adónde vas? ¡Lavon!

Se inclinó hacia fuera y miró abajo. El hombre de la azuela, semejante a un diminuto muñeco, le observaba desde una mancha grisazulada recortada sobre un abismo violáceo. Miró sintiendo vértigo. Jamás habla estado tan alto. Reanudó su ascensión.

Al fin, tocó el cielo con la mano. Se detuvo a respirar. Curiosas bacterias se reunieron en torno a la base de su pulgar, del que escapaba la sangre por un pequeño corte, se espantaron al hacer él un movimiento y volvieron serpenteando a la carga.

Esperó hasta recobrar el resuello y reanudó la ascensión. El cielo presionaba sobre su cabeza, contra su nuca, en sus hombros. Pareció ceder levemente, con una dura elasticidad sin roce. El agua era aquí intensamente brillante y totalmente incolora. Trepó un paso más, apoyando sus hombros contra aquel enorme peso.

Inútil. Era como tratar de penetrar en una roca.

Tuvo que volver a descansar. Mientras jadeaba, hizo un curioso descubrimiento. Alrededor del tallo de la planta acuática, la acerada superficie del cielo se curvaba hacia arriba, formando una especie de funda. Se dio cuenta de que podía introducir su mano... Había casi espacio suficiente para albergar también su cabeza. Aferrándose estrechamente al tallo, miró hacia arriba, al interior de aquella especie de vaina, tanteando con su mano herida. La luz resultaba cegadora.

Hubo como una explosión silenciosa. Sintió, de pronto, su muñeca cercada por una garra intensa e impersonal, como a punto de ser cortada en dos. Con ciego asombro, dio un impulso hacia arriba.

El anillo de dolor se trasladó suavemente brazo abajo a medida que ascendía, y pasó de pronto a sus hombros y su pecho. Otro impulso, y sus rodillas sintieron el abrazo de aquella presa circular. Otro...

Sucedía algo horrible. Se aferró al tallo y trató de dar boqueadas, pero no había... nada que respirar.

El agua se precipitaba fuera de su cuerpo, de su boca, de su nariz, de los espiráculos de sus costados, brotando en tangibles surtidores. Un intenso y ardiente escozor invadía la superficie de su cuerpo. A cada espasmo, le atravesaban largos cuchillos, y escuchaba desde una lejanía cómo expulsaban agua sus pulmones en obscuro y espumeante espurreo.

Lavon se ahogaba.

Con una convulsión final, rechazó el astillado tronco y cayó. Sintió un fuerte impacto; y después el agua, que de tal modo se había aferrado a él cuando antes intentaba abandonarla, le acogió con fría violencia.

Braceando y tambaleándose grotescamente, se hundió en caída interminable.

III

Durante muchos días, Lavon yació insensible, arrebujado en su espora como en sueño invernal. El *shock* de frío experimentado al regresar a su universo natal había sido aceptado por su cuerpo como señal de la llegada del invierno, y lo mismo había interpretado la agonía por oxígeno de su breve estancia más allá del cielo. Las glándulas generadoras de esporas habían comenzado inmediatamente a funcionar

A no ser por ello, probablemente Lavon hubiese muerto. El peligro de ahogarse desapareció por completo apenas cayó, cuando el aire salió de sus pulmones y dio paso al agua reanimadora. Pero el universo acuático no tenía remedios para la desecación aguda y las quemaduras de tercer grado. La acción curativa del fluido amniótico generado por las glándulas esporíferas, una vez rodeado por la transparente esfera ambarina, era para Lavon la única posibilidad de salvación.

La rojiza esfera, quieta en el eterno invierno del fondo, fue advertida al cabo de unos días por una ameba merodeante. En aquellas profundidades la temperatura era de **40** en cualquier estación, y resultaba algo inaudito encontrar allí una espora mientras el epilimnio superior permanecía cálido y rico en oxígeno.

Al cabo de una hora, la espora estaba rodeada por grupos de protos asombrados, empujándose por pegar sus obtusas y ciegas proas contra la concha. Otra hora más tarde, un grupo de hombres preocupados descendió de los lejanos castillos para ir también a aplastar sus narices contra la pared transparente. Al fin, circularon vivas órdenes.

Cuatro Paras se situaron alrededor de la esfera ambarina, y hubo una ahogada explosión cuando los tricocistos embutidos en la base de sus cilios, inmediatamente debajo de la cutícula, estallaron y lanzaron al agua finas rayas de un líquido de rápida solidificación. Los cuatro Paras las entrelazaron y aunaron su esfuerzo para tirar hacia lo alto.

La espora de Lavon osciló graciosamente en el fondo y después comenzó lentamente a elevarse, sostenida en aquella especie de tela de araña. Cerca, un Noc lanzaba a intervalos su frío resplandor sobre la operación, no para los Paras, que no necesitaban la luz, sino para el desconcertado racimo de hombres. La durmiente figura de Lavon, con la cabeza inclinada y las rodillas recogidas hacia el pecho, se revolvía con absurda solemnidad dentro de la concha mientras ésta ascendía majestuosa.

- Llévdselo a Shar, Paras.

El joven Shar justificaba, absteniéndose de intervenir en los asuntos ajenos, la tradicional sabiduría de que su cargo hereditario le había investido. Al momento observó que nada podía hacer por el enquistado Lavon que no pudiera clasificarse como simple entremetimiento.

Tenía la esfera depositada en un departamento de la torre más alta de su castillo, donde abundaba la luz y el agua era cálida, a fin de sugerir a la forma hibernante que volvía la primavera. Aparte esto, se limitaba a sentarse y esperar, guardándose sus reflexiones.

Dentro de la espora, el cuerpo de Lavon parecía cambiar rápidamente de piel, en largas tiras y retazos. Gradualmente, desaparecía su curioso encogimiento. Sus marchitos brazos y piernas y el hundido abdomen recobraba su turgencia.

Pasaban los días mientras Shar observaba. Finalmente, no advirtió más cambios, y, por un presentimiento, hizo llevar la espora al punto más alto de la torre, bajo la directa luz diurna.

Una hora después, Lavon comenzó a moverse en su prisión de ámbar

Se estiró, volviendo hacia la luz una mirada inexpresiva. Su aspecto era el de un hombre aún no despierto de una atroz pesadilla. Todo su cuerpo relucía con una extraña y rosada novedad.

Shar golpeó suavemente en la pared de la espora. Lavon volvió su rostro ciego hacia aquel ruido, mientras la vida comenzaba a volver a sus ojos. Sonrió tímidamente y apoyó manos y pies contra la pared interior de la cáscara.

Toda la esfera cayó de pronto en trozos con agudo crujido. El fluido amniótico se disipó en torno suyo y de Shar, llevándose consigo el sugestivo aroma de una amarga lucha con la muerte.

Lavon estaba de pie entre los trozos de cáscara y miraba silenciosamente a Shar. Al fin habló.

- Shar... he estado más allá del cielo.

- Lo sé - dijo Shar con dulzura. Lavon volvió a guardar silencio. Shar prosiguió

No seas humilde, Lavon. Tu hazaña ha de hacer época. Estuvo a punto de costarte la vida. Tienes que referirme el resto... todo.

- ¿El resto?

- Me enseñaste ya mucho mientras dormías. ¿O sigues oponiéndote al conocimiento inútil?

Lavon no supo qué decir. Ya no era capaz de distinguir entre lo que sabía y lo que deseaba saben Le quedaba tan sólo una pregunta, pero no era capaz de expresarla, y

se limitaba a contemplar en silencio el delicado rostro de Shar.

Me has respondido - dijo Shar, acentuando su dulzura -. Ven, amigo mio; acompáñame hasta mi mesa. Planearemos nuestro viaje a las estrellas.

Eran cinco en torno a la gran mesa de Shar: el propio Shar, Lavon y los tres ayudantes de las familias Than, Tanol y Stravol que la costumbre asignaba a los Shar. Los deberes de estos tres hombres - o mujeres, a veces -, bajo muchos de los anteriores Shar habían sido simples y pesados:

Hacer realidad en el campo los cambios genéticos en las cosechas de alimentos que el propio Shar había realizado en miniatura en los recipientes y bancales de su laboratorio. Bajo otros Shars, más interesados en los metales o en la química, habían sido mineros, canteros y constructores y limpiadores de aparatos.

Bajo Shar XVI, no obstante, los tres ayudantes eran más envidiados que de costumbre por el resto del pueblo de Lavon, pues apenas parecían tener trabajo. Pasaban muchas horas diurnas y nocturnas hablando con Shar en sus habitaciones, escudriñando documentos, haciendo misteriosas marcas sobre pizarra o, simplemente, contemplando cosas sencillas y carentes de todo misterio. A veces

trabajaban realmente con Shar en su laboratorio, pero la mayor parte del tiempo se limitaban a estar sentados.

La verdad era que Shar XVI había descubierto ciertas reglas de investigación que, según explicó a Lavon, consideraba herramientas de enorme poder y había llegado a interesarse más por transmitir las a los futuros trabajadores que por las seducciones de ningún experimento determinado, si se exceptúa el viaje a las estrellas. Los Than, Tanol y Stravol de su generación estaban almacenando ese método científico en sus cabezas, procedimiento que según ellos resultaba a veces más penoso que almacenar un millar de piedras.

Que ellos fuesen los primeros que en el pueblo de Lavon se enfrentaban con el problema de construir una nave espacial era, por tanto, inevitable. Los resultados estaban sobre la mesa: tres modelos, hechos de cristal de diatomeas, hebras de algas, flexibles trozos de celulosa, laminillas vegetales, briznas de madera y colas orgánicas recogidas de las secreciones de un gran número de diversas plantas y animales.

Lavon tomó el más cercano. Una frágil construcción esférica en cuyo interior pequeñas cuentas de lava de color oscuro

- en realidad fragmentos de baba de infusorio penosamente arrancados de la pared de un castillo abandonado - se movían libremente atrás y adelante en una especie de rodamiento a bolas.

- Veamos, ¿de quién es éste? - dijo, volviendo con curiosidad la esfera a uno y otro lado.

- Es el mío - dijo Tanol -. Francamente, creo que no llega ni con mucho a cubrir todos los requisitos. Pero es el único diseño de los que he imaginado que creo podemos construir con los materiales y conocimientos que hoy tenemos y manejamos.

- Pero, ¿cómo funciona?

- Pásamelo un momento, Lavon. Esta ampolla que veis en el centro, con los tallos vacíos de espirogira que van desde ella a la cubierta de la nave, es un tanque de flotación. La idea es atrapar una gran burbuja de gas cuando surja del fondo e incorporarla al tanque. Probablemente tendremos que hacerlo en fragmentos. Después, la nave asciende al cielo con la fuerza ascensional de la burbuja. Las pequeñas paletas, aquí, a lo largo de estas dos bandas exteriores, giran cuando los tripulantes - es decir, las piedras que oía moverse en el interior - accionan una rueda de escalones que rodea el interior del casco. Así nos impulsan hasta la orilla del cielo. Allí recogemos las paletas - se pliegan dentro de unas ranuras, de este modo - y, siempre mediante la rotación de peso en el interior, giramos ladera arriba hasta vernos fuera, en el espacio. Cuando alcancemos otro mundo y volvamos a entrar en

el agua, dejamos que el gas salga gradualmente del tanque a través de los tubos de escape representados por estos tallos, y nos hundimos hasta aterrizar a velocidad controlada.

- Muy ingenioso - dijo Shar pensativo - Pero preveo algunas dificultades. Para empezar, al diseño le falta estabilidad.

- Es cierto - asintió Tanol -. Y él mantenerlo en movimiento va a exigir un gran esfuerzo de pies. Por otro lado, el mayor gasto de energía que implica este viaje es el de llevar la máquina hasta el cielo, y con este diseño se consigue perfectamente. En realidad, una vez la burbuja en su sitio, tendremos que mantener la nave amarrada hasta que estemos dispuestos para la marcha.

- Me preocupa la expulsión del gas

- dijo Lavon -. ¿Saldrá por esos tubos tan pequeños cuando lo deseemos? ¿No se agarrará a las paredes del tanque? La membrana que separa agua y gas es muy difícil de vencer... de eso puedo dar fe.

- No lo sé - dijo Tanol frunciendo el ceño -. No olvides que los tubos serán bastante grandes en la nave real, no simples pajas como en la maqueta.

- ¿Mayores que el cuerpo de un hombre?

- dijo flan.

- No, no tanto. Quizá del diámetro de la cabeza, cuando más.

- No servirán - replicó Than sin dudarlo-. Lo he probado. No es posible hacer pasar una burbuja por un tubo de ese tamaño. Como dice Lavon, se agarra al interior del tubo y no pasa si no se la empuja. Si construimos esta nave, tendremos que abandonarla una vez alcanzado el nuevo mundo.

- Eso es impracticable - dijo Lavon al instante -. Dejando a un lado por el momento el gasto que implica, podemos tener que utilizar de nuevo la nave precipitadamente. ¿Quién sabe cómo será ese nuevo mundo? Hemos de poder abandonarlo si resulta imposible vivir en él

- ¿Cuál es tu proyecto, flan? - dijo Shar

- Éste. Con este diseño, seguimos el camino más difícil... Recorremos el suelo hasta que se junta con el cielo, continuamos arrastrándonos hasta encontrar el siguiente mundo, y de nuevo rodamos al llegar allí. Nada de acrobacias acuáticas. Se mueve por molino de escalones, como el de Tanol, pero no es imprescindible la fuerza

humana. He pensado en utilizar diatomeas. Se dirige aumentando la marcha del lado que convenga. También podemos acoplar un par de tiras a los extremos del eje posterior y hacerlo girar de este modo, pero sería más lento y bastante menos preciso.

Shar examinó detenidamente la maqueta en forma de tubo y la empujó a lo largo de la mesa.

- Me gusta - dijo al fin -. Asienta perfectamente cuando se desea. Con la nave esférica de Than estaríamos a merced de cualquier corriente inesperada, aquí y en el nuevo mundo... y creo que puede haber también algún tipo de corrientes en el espacio, acaso corrientes de gas. ¿Qué piensas tú, Lavon?

- ¿Cómo vamos a construirla? - dijo Lavon -. La sección transversal es redonda. Eso está muy bien para una maqueta. Pero, ¿cómo construir un tubo tan grande de esa forma sin que se desplome sobre sí mismo?

- Observa el interior por la ventanilla frontal - dijo flan -. Verás vigas que se cruzan en el centro, en ángulo recto con el eje longitudinal. Ellas mantienen firmes las paredes.

- Eso consume mucho espacio - objetó Stravol, que era el más tranquilo e introspectivo de los tres ayudantes y aún no había abierto la boca desde que comenzó la reunión -. No hay más remedio que dejar paso libre entre la cabeza y la cola de la nave. ¿Cómo vamos a mantenerla en funciones si tenemos que arrastramos a cada paso por entre las vigas?

- De acuerdo; veamos algo mejor - dijo flan, con un movimiento de hombros.

- Es fácil. Curvaremos aros.

- ¡Aros! - exclamó Tanol -. ¿A esa escala? Tendrías que tener la madera en barro durante un año antes de que fuese lo bastante flexible, y después le faltaría resistencia.

- No, creo que no - dijo Stravol

No he construido maqueta, sólo tengo los diseños, y mi nave dista mucho de ser tan buena como la de flan. Pero mi proyecto es también tubular, de modo que hice construir la maqueta de una máquina para curvar aros... esa que está sobre la mesa. Se sujeta uno de los extremos del madero en un torno, así, dejando que sobresalga. Después se ata el otro con una cuerda muy fuerte, cerca de esta muesca. Se enrolla la cuerda en una cabria y cinco o seis hombres la hacen girar, así. Esto curva el extremo libre del tablón hasta que la muesca encaja en esta ranura, previamente practicada en el otro extremo. Se afloja entonces el tomillo, y, ya tenemos el aro. Como medida de seguridad, se puede colocar un pasador en la junta para evitar que salte inesperadamente.

- ¿Y no se romperá la viga que utilices al llegar a cierta inclinación? - preguntó Lavon.

- La madera corriente, desde luego - dijo Stravol -. Pero en este caso hay que utilizar madera *verde*, no seca. De otro modo tendrías que ablandarla hasta que perdiese toda utilidad, como dice Tanol. Pero la madera viva será lo bastante flexible para conseguir un aro excelente, fuerte y de una sola pieza... ¡o si no, Shar, los pequeños ritos numéricos que has estado enseñándonos carecen de significado!

- Es fácil equivocarse cuando se utilizan los números - dijo Shar sonriendo.

- Lo he comprobado todo.

- Estoy seguro. Y creo que vale la pena probar ¿Alguna otra cosa?

- Bueno - dijo Stravol -, he conseguido una especie de sistema de ventilación vivo que me parece puede ser útil. En lo demás, como digo, la nave de flan representa el tipo ideal; la mía es excesivamente grande.

- Estoy de acuerdo - dijo Tanol a regañadientes -. Pero me gustaría tratar de construir alguna vez una nave más ligera que el agua, aunque sólo sea para viajes interiores. Si el nuevo mundo es mayor que el nuestro, acaso no sea posible ir nadando a todas partes.

--

- Eso es algo que nunca se me había ocurrido - exclamó Lavon -. Suponed que el nuevo mundo es dos, tres, ocho veces mayor que el nuestro. Shar, ¿hay alguna razón para que no pueda serlo?

- Ninguna, que yo sepa. Las placas históricas parecen dar prácticamente por sentadas toda clase de enormes distancias. Bien, vamos a componer un diseño con lo que aquí tenemos. Tanol, tú eres nuestro mejor dibujante; encárgate de ello. Lavon, ¿qué hay del trabajo?

- Tengo listo un plan - dijo Lavon Tal como yo lo veo, quienes trabajen en la nave tendrán que dedicarse plenamente a ello. Construirlo no va a ser tarea fácil, ni

siquiera posible en una sola estación, de manera que hemos de contar con la utilización de equipos rotativos. Además, se trata de un trabajo técnico; cuando un hombre aprenda a realizar una tarea determinada, sería insensato volverle a mandar a cuidar de los hongos sólo porque algún otro esté desocupado. Por eso he organizado un equipo base que comprende a los dos o tres trabajadores más inteligentes de cada uno de los varios oficios. Puedo apartarles de su trabajo regular sin desorganizar nuestras ocupaciones cotidianas ni aumentar notablemente la carga de quienes comparten su profesión. Ellos harán el trabajo especializado, y se ocuparán de la nave hasta su terminación. Algunos también formarán parte de la tripulación. En cuanto a las tareas más fuertes y no especializadas, podemos contar con los grupos de desocupados estacionales sin alterar nuestra vida ordinaria.

Bien - dijo Shar inclinándose hacia delante y permaneciendo con las manos cruzadas sobre el borde de la mesa: aunque, a causa de la membrana, no podía cruzar más que las puntas de los dedos -. No cabe duda de que hemos conseguido un notable progreso. No esperaba que las cosas estuviesen tan adelantadas al final de esta reunión. Pero quizá he descuidado algo importante. ¿Tiene alguien nuevas sugerencias o preguntas?

- Yo tengo una - dijo Stravol, flemático.

- Muy bien, oigámosla.

- *¿Adónde vamos a ir?*

Siguió un largo silencio. Finalmente, habló Shar:

Stravol, todavía no puedo responderte. Podía decir que vamos a las estrellas, pero puesto que aún no tenemos idea de lo que es una estrella, tal respuesta no te serviría de nada. Emprendemos este viaje porque hemos descubierto que algunas de las cosas fantásticas escritas en las placas son realmente así. Ahora sabemos que el cielo puede ser atravesado, y que más allá de ese cielo existe una región en que no hay agua para respirar, lo que nuestros antepasados llamaban «espacio». Ambas ideas parecieron siempre contradecir el sentido común, y, sin embargo, hemos descubierto que eran ciertas. Las placas dicen también que hay más mundos que el nuestro, y ahora es mucho más fácil aceptar esa idea, una vez descubierta la verdad de las otras dos. En cuanto a las estrellas... aún no sabemos, no tenemos información que nos permita leer con nuevos ojos lo que los documentos históricos dicen a este respecto, y de nada valdría imaginar lo que no podemos comprobar. Las estrellas están en el espacio, y es de creer que una vez allí las veremos y se nos hará claro el significado de la palabra. Al menos, podemos confiar en hallar ciertas claves. ¡Fíjate cuánta información conseguimos en los pocos segundos que Lavon estuvo más allá del cielo! Pero, entretanto, de nada sirve especular dentro de una burbuja. Creemos que hay otros mundos en alguna parte y estamos proyectando los medios para hacer el viaje. Las demás preguntas, las pendientes, han de quedar a

un lado por ahora. Alguna vez llegaremos a contestarlas... sobre eso no tengo la menor duda. Pero podemos necesitar mucho tiempo.

Stravol sonrió con tristeza.

- No esperaba otra cosa - dijo -. En cierto modo, creo que todo este proyecto es insensato. Pero pienso seguirlo hasta el fin, pase lo que pase.

Shar y Lavon le devolvieron aquella sonrisa. Estaban todos poseídos por la fiebre, y Lavon sospechaba que su cerrado universo no tardaría mucho en compartirla con ellos.

- Entonces, no perdamos más tiempo

- dijo -. Nos falta aún un enorme número de detalles, y después habrá empezado lo más difícil. ¡En marcha!

Los cinco hombres se pusieron en pie y se miraron. Sus expresiones variaban, pero en todos los ojos había, además, una misma mezcla de temor y ambición: la faz bifrontal del constructor de naves y el astronauta.

Salieron, con aire grave, para iniciar su peripecia.

Fue, pasados dos sueños invernales tras la desastrosa ascensión de Lavon hasta más allá de los cielos, cuando todo el trabajo de la nave espacial se detuvo. Por entonces, Lavon se dio cuenta de que se había endurecido y curtido, llegando a aquel estado temporalmente sin edad en que entra el hombre al alcanzar la plenitud; y sabía también que las arrugas surcaban su frente para seguir allí y hacerse más profundas,

También el *Viejo Shar* había cambiado al perder sus rasgos algo de su delicadeza a medida que entraba en la madurez. Aunque la bien cortada estructura de su rostro le daría siempre un aspecto mesurado y poético, la participación en el plan había velado su expresión con una especie de capa autoritaria que en sus mejores momentos le revestía de una rigidez de máscara, y en los peores le comunicaba cierta rudeza.

Pero, a pesar del transcurso de los años, la nave espacial se hallaba todavía en armazón. Estaba sobre una plataforma construida encima de los cantos rodados de la barra arenosa que surgía de una de las paredes del mundo. Era un inmenso casco de madera empernada, rota por vanos regularmente espaciados a través de los cuales podían verse las descarnadas vigas del esqueleto.

El trabajo había progresado con bastante rapidez al principio, porque no era difícil imaginar qué tipo de vehículo sería necesario para arrastrarse a través del espacio vacío sin perder el agua. Habían previsto que el gran tamaño del aparato requeriría un largo periodo de construcción, acaso dos estaciones completas; pero ni Shar ni Lavon imaginaron ningún serio obstáculo.

En cuanto a esto, parte del aparente atraso del vehículo era ilusorio. Alrededor de un tercio de sus elementos iban a consistir en seres vivos, a los que no se podía instalar en la nave mucho antes de la partida.

Pero, con todo, una y otra vez, el trabajo en la nave había tenido que ser suspendido durante largos períodos. En varias ocasiones fue necesario desmontar partes enteras, a medida que se hacía más evidente la dificultad de aplicar una sola idea normal y comprensible al problema del viaje espacial.

La falta de las placas históricas, que los Paras se negaban obstinadamente a entregar, era un doble *handicap*. Inmediatamente después de su pérdida, Shar había intentado reproducirlas de memoria; pero, a diferencia de los miembros más religiosos de su estirpe, él nunca las había considerado como escrituras sagradas, y por ello no se preocupó de aprenderlas al pie de la letra. Incluso antes del robo había acumulado una serie de traducciones variantes de pasajes que presentaban problemas experimentales específicos, y las conservaba en su biblioteca, grabadas en madera. Pero la mayoría de esas traducciones tendían a contradecirse, y ninguna de ellas se refería a la construcción de naves espaciales, materia en la que el propio original era bastante vago.

Nunca se había intentado obtener copias de los misteriosos caracteres del original por la sencilla razón de que no había nada en el universo anegado capaz de destruirlos, ni de imitar su al parecer inmutable duración. Shar se dio cuenta demasiado tarde de que, como medida de simple precaución, debían haber hecho un cierto número de copias literales; pero al cabo de generaciones de paz auriverdosa, la simple precaución llega a excluir la preparación contra catástrofes. (Tampoco, a decir verdad, animaba mucho a conservar copias por triplicado una cultura que tenía que grabar cada letra de su sencillo alfabeto en madera ablandada por el agua con ayuda de una esquirra de materia más dura.)

Como resultado, el imperfecto recuerdo de Shar sobre el contenido de las históricas placas, más la constante y milenaria duda en cuanto a la fidelidad de las diversas traducciones resultó, al fin, el peor obstáculo para el progreso de la propia nave espacial.

Los hombres han de chapotear antes de aprender a nadar - observó Lavon al final de una de sus largas jornadas de cavilación, y Shar tuvo que asentir.

Indudablemente, sea lo que fuere lo que los antepasados sabían sobre la construcción de naves espaciales, muy poco de ese conocimiento era utilizable para un pueblo que trataba de construir su primer vehículo partiendo de cero. Pensando retrospectivamente, no resultaba sorprendente que el gran armazón permaneciese todavía incompleto en su plataforma pedregosa, exhalando un rancio y cada vez más débil aroma de madera, dos generaciones después de haberse colocado su fondo plano.

El joven de grueso rostro que encabezaba la delegación de huelguistas que acudió a los aposentos de Shar era Phil XX, un hombre dos generaciones más joven que Lavon y cuatro más que Shar. Tenía arrugas junto a los ojos, lo que le hacía parecer a la vez un viejo cascarrabias y un niño malcriado en la espora.

- Pedimos que se detenga este insensato proyecto -, dijo sin preámbulos -. Hemos esclavizado a él nuestra juventud, pero ahora que somos dueños de nosotros mismos, se acabó.

- Nadie os ha obligado - dijo Lavon con reprimida cólera.

- La sociedad y nuestros padres - replicó un flaco miembro de la delegación -. Pero vamos a empezar a vivir en el mundo real. Hoy todos saben que no existe más mundo que éste. Los viejos podéis seguir, con vuestras supersticiones si os place. A nosotros no nos interesan.

Desconcertado, Lavon miró a Shar El sabio sonrió y dijo:

- Deja que se vaya. De nada nos sirven los débiles de corazón.

El joven de la cara gruesa enrojeció

- Tus insultos no nos harán volver al trabajo. Hemos terminado. ¡Construid vosotros mismos esa nave para no ir a ninguna parte!

- Está bien - dijo Lavon con voz tranquila -. Adelante. Dejaos de palabrería Habéis tomado una decisión y no nos interesan vuestras justificaciones. Adiós.

Era evidente que el muchacho tenía todavía una gran reserva de heroísmo dramático que la despedida habla cortado. Pero una mirada al pétreo rostro de Lavon pareció convencerle de que debía conformarse con lo conseguido. Él y su delegación repasaron mohínos el arco de entrada.

- ¿Y ahora qué? - preguntó Lavon cuando salieron -. Admito, Shar, que debí trata>; de persuadirles. Al fin y al cabo necesitamos a esos obreros.

- No tanto como ellos a nosotros - dijo Shar en tono tranquilo ¿Cuántos voluntarios tienes para tripular la nave?

Centenares Todos los jóvenes de la generación siguiente Phil se equivoca al menos en cuanto a esa parte de la población El proyecto entusiasma a los más jóvenes

¿Les diste alguna esperanza?

Desde luego Les dije que les llamamos si eran elegidos. ¡Pero no puedes tomarlos en serio! No podemos substituir a nuestro grupo de especialistas por chicos que no tienen más que entusiasmo.

- No es eso lo que pienso, Lavon. ¿No he visto a un Noc por tus aposentos? Ah, allí está, dormido en la cúpula. ¡Noc!

La criatura estiró perezosamente sus tentáculos.

- Noc, tengo un mensaje - dijo Shar -. Que los protos digan a todos los hombres que quienes deseen ir al otro mundo deben acudir enseguida a la zona donde se desarrollan los trabajos. Decíles que no podemos prometer llevarlos a todos, pero sólo tendremos en cuenta a quienes nos ayuden a construir la nave.

El Noc volvió a ensortijar sus tentáculos y pareció sumirse de nuevo en el sueño.

IV

Lavon se volvió desde el sistema de megáfonos que constituía su cuadro de mando y miró a Para.

- Una última prueba - dijo -. ¿Vais a devolvernos las placas?

- No, Lavon. Nunca os hemos negado nada, pero esta vez hemos de hacerlo.

- A pesar de todo, irás con nosotros. A menos que nos entreguéis los documentos que necesitamos, perderás tu vida sí perdemos la nuestra.

- ¿Qué importa un Para? Somos todos iguales. Esta célula morirá; pero los protos necesitan saber lo que suceda en este viaje. Creímos que debíais hacerlo sin las placas.

- ¿Por qué?

El proto guardó silencio. Lavon lo miró un momento y después se volvió lentamente hacia los megáfonos.

- Sujetaos todos - dijo. Se sintió vacilar -. Estamos a punto de partir. Tol, ¿ está cerrada la nave?

- Sí.

Cambió a otro megáfono. Respiró profundamente. Ya el agua parecía ondular, aunque la nave no se había movido.

- Preparados a un cuarto de la fuerza. Uno, dos, tres... ya.

La nave entera se estremeció y volvió a quedar inmóvil. Las diatomeas situadas a lo largo de la parte inferior del casco, instaladas en nichos, aplicaron sus pisadas gelatinosas sobre anchas correas sin fin de cuero crudo. Crujieron los piñones de madera, multiplicando la lenta energía de aquellos seres, transmitiéndola a los dieciséis ejes de las ruedas del vehículo.

La nave osciló y empezó a rodar lentamente a lo largo de la barra arenosa. Lavon miraba emocionado a través de la compuerta de mica. El mundo se deslizaba penosamente ante él La nave se inclinó y comenzó a trepar por la ladera. A su espalda podía sentir el electrizado silencio de Shar, Para y los dos pilotos alternantes, como sí sus miradas le atravesasen el cuerpo antes de cruzar la compuerta. El mundo parecía otro ahora que estaba abandonándolo. ¿Cómo no habla reparado antes en tanta belleza?

El restallar de las correas sin fin y el traqueteo y gemido de engranajes y ejes se hizo más ensordecedor a medida que la pendiente se acentuaba. La nave proseguía su ascensión, cabeceando. A su alrededor, escuadrones de hombres y protos se zambullían y giraban, escoltándola hacia el cielo.

Poco a poco, el cielo se aproximaba, y su presión se hacía ya sentir sobre el techo de la nave.

- Que aprieten algo tus diatomeas, Tanol - dijo Lavon -. La nave dio una poderosa embestida -. Muy bien. Más despacio ahora. Danos un empujón por tu lado, flan... No, es demasiado... Eso... así... ¡Basta ya! ¡Nos haces perder el rumbo! Tanol, apretad otro poco para recuperar la dirección. Bien, muy bien, trabajo regular en las dos bandas. Ya no nos queda mucho.

- ¿Cómo puedes pensar en tales laberintos? - se asombró el Para a su espalda.

- Haciéndolo, sencillamente. Así es como piensan los hombres. Capataces, un poco más de fuerza ahora; la inclinación se está acentuando.

Gruñeron los engranajes. La nave alzó su proa. Brilló el cielo en la cara de Lavon. A su pesar, empezaba a sentirse asustado. Sus pulmones parecían arder, y sentía en su ánimo la larga caída a través de la nada hacia el helado latigazo del agua corno si

estuviese experimentándola de nuevo. Su piel le escocía y ardía. ¿Podría ascender *allí* de nuevo? ¿Allá arriba, al candente vacío, a la gran agonía jadeante donde no debe entrar la vida?

El banco de arena empezó a perder inclinación y la marcha se hizo más fácil. Aquí arriba el cielo estaba tan cercano que el pesado movimiento de la enorme nave lo perturbaba. Sombras de pequeñas olas cruzaban la arena. Silenciosamente, las apretadas gavillas de algas verdiazuladas bebían la luz y la convertían en oxígeno, retorciéndose en su lenta e inconsciente danza bajo la larga claraboya de mica que corría a lo largo de la columna vertebral de la nave. En la sala, bajo el emparrillado del corredor y los suelos de las cabinas, aleteantes Vortas mantenían en perpetuo movimiento el agua de la nave, alimentándose de movedizas partículas orgánicas.

Una a una, las siluetas que giraban alrededor de la nave saludaron con sus brazos o cilios y descendieron a lo largo de la ladera arenosa hacia el mundo familiar, haciéndose más y más pequeñas hasta desaparecen. No quedó más que una Englena, semiplanta pariente de los protos, avanzando junto a la nave espacial hasta las fronteras del mundo. Amaba la luz; pero al fin también ella retornó hacia aguas más frías y profundas, con su único tentáculo en forma de látigo ondulando plácidamente mientras se alejaba. No era gran compañía, pero al dejarla, Lavon se sintió abandonado.

Nadie podía seguirles hasta su destino. Ahora el cielo no era más que una fina y resistente película acuosa que envolvía la parte superior de la nave. Ésta disminuyó su marcha, y cuando Lavon pidió mayor potencia, empezó a hundirse en la arena.

- Esto no va - dijo Shar, tenso -. Creo que será mejor disminuir la multiplicación para que puedas aplicar la fuerza más despacio.

- Muy bien - asintió Lavon -. Alto todo el mundo. Shar, ¿quieres vigilar el cambio de engranajes?

Un insensato resplandor de vado se enfrentaba de pleno con Lavon más allá del gran ojo de buey de mica. Era enloquecedor verse obligado a detenerse aquí, en el umbral del infinito; y también peligroso. Lavon sentía cómo tomaba cuerpo en él el viejo temor al espacio exterior. Unos momentos más de inacción > advirtió con creciente frío en el estómago, y sería incapaz de seguir adelante.

«Seguramente, pensó, debe haber un modo mejor para cambiar las multiplicaciones». El tradicional les obligaba a desmontar casi por entero la caja de cambios. ¿Por qué no podía ir un cierto número de piñones de distintos tamaños en el mismo eje, no todos en acción al mismo tiempo, sino esperando a ser utilizados mediante un simple desplazamiento longitudinal del eje? Seguiría siendo muy tosco, pero podría accionarse por órdenes desde el puente y no obligaría a detener toda la máquina... y sumir al novel piloto en un terror verde-azulado».

Shar volvió jadeante a través de la trampilla y nadó hasta acomodarse.

- Todo listo - dijo -; pero los grandes piñones de reducción no soportan bien el esfuerzo.

- ¿Se astillan?

- Sí. Habrá que arrancar despacio.

Lavon asintió en silencio. Sin permitirse a sí mismo detenerse a considerar ni por un momento las consecuencias de sus palabras, ordenó:

- ¡A media fuerza!

La nave reanudó su empuje y empezó a moverse, muy lentamente, pero con mayor suavidad que antes. Sobre su cabeza, el cielo se adelgazó hasta la completa transparencia. La gran luz irrumpió restallante. Tras de Lavon hubo un rumor de alivio. Aumentó la blancura en las compuertas frontales.

Volvió a decaer la marcha de la nave, en pugna contra la invisible barrera. Lavon tragó saliva y pidió más potencia. El vehículo se quejaba como un moribundo: Estaba casi inmóvil.

-¡Más fuerza! - gruñó Lavon.

Una vez más, con infinita lentitud, la nave empezó a moverse, inclinándose suavemente hacia arriba. Después se abalanzó hacia delante y todas sus tablas y vigas empezaron a gemir.

-¡Lavon! ¡Lavon!

Se sobresaltó al oír los gritos. La voz le llegaba de uno de los megáfonos, el correspondiente a la compuerta trasera de la nave.

- ¡Lavon!

- ¿Qué pasa? Deja ya de gritar

- ¡Veo la cima del cielo! ¡Desde el *otro* lado, desde la parte de arriba! Es como una gran plancha de metal. Estamos saliendo de él. ¡Estamos sobre el cielo, Lavon!

Otra violenta sacudida lanzó a Lavon hacia la compuerta delantera. Sobre el exterior de la mica, el agua se iba evaporando con chocante rapidez, llevándose consigo extrañas formaciones y dibujos irisados.

Y Lavon vio el espacio.

Al principio era como un fondo desierto y cruelmente seco. Había enormes piedras, grandes acantilados, rocas caídas, resquebrajadas, hendidas y dentadas que se perdían hacia lo alto y a lo lejos en todas direcciones, como esparcidas al azar por algún gigante.

Pero tenía un cielo propio... una cúpula azul tan lejana que le era imposible creerlo, y mucho menos calcular a qué distancia podía hallarse. Y en esa cúpula habla una bola de fuego blanco que desgarraba las pupilas.

El desierto de roca estaba todavía muy lejos de la nave, que ahora descansaba en un llano resplandeciente. Bajo el brillo superficial, la planicie parecía estar hecha de arena, de la simple y familiar arena, la misma sustancia que se habla acumulado hasta formar un banco en el universo de Lavon, la barra por la que había ascendido la nave. Pero la película cristalina e incolora que la cubría...

Súbitamente Lavon oyó otro grito en los megáfonos. Sacudió la cabeza con impaciencia y preguntó:

- ¿Qué pasa ahora?

-Lavon, aquí Than. ¿Dónde nos has metido? Las correas están detenidas. Las diatomeas no pueden moverlas. Y no finges; las hemos golpeado hasta hacerles creer que intentábamos romperlas las conchas, pero ni así pueden darnos mayor potencia.

- ¡Dejadlas en paz! - estalló Lavon -. Son incapaces de fingir; no tienen la suficiente inteligencia. Si dicen que no pueden, es que no pueden.

- Bueno; entonces, a ver cómo nos sacas de aquí... - dijo la atemorizada voz de Than.

Shar se aproximó a Lavon.

- Estamos sobre una divisoria espacio-agua, donde la tensión superficial es muy alta - dijo quedamente -, por eso insistí en que construyésemos la nave de modo que pudiésemos levantar las ruedas del suelo cuando fuera necesario. Durante mucho tiempo no pude comprender las referencias de las placas históricas a un «tren de aterrizaje retráctil», pero al fin se me ocurrió que la tensión en una divisoria espacio-agua o, para ser más exacto, espacio-barro, aprisionaría fuertemente cualquier objeto de gran tamaño. Si ordenas que recojan las ruedas, creo que podremos avanzar mejor durante algún trecho a base de los escalones giratorios.

- De acuerdo - dijo Lavon -. Atención ahí abajo... Levantad el tren de aterrizaje. Después de todo, parece que los antiguos sabían bien por dónde andaban.

Algunos minutos más tarde, porque el cambiar la potencia a las ruedas de escalones del casco implicaba nueva disposición de la caja de cambios, la nave avanzaba por la orilla hacia las rocas desplomadas. Ansiosamente, Lavon escrutaba la accidentada y amenazadora muralla en busca de una abertura. Habla una especie de riachuelo hacía la izquierda que podía ofrecer un camino, aunque dudoso, hacia otro mundo. Tras reflexionar. Lavon hizo que la nave girase hacia allí.

- ¿Crees que será una «estrella» eso que hay en el cielo? - preguntó -. Pero suponíamos que habla gran cantidad de ellas. Ahí arriba no hay más que una... y ya sobra para mi gusto.

- No lo sé - admitió Shar -. Pero creo que estoy empezando a tener una idea de cómo está constituido el universo. Evidentemente, nuestro mundo es una especie de cavidad en el fondo de este otro tan enorme. A su vez, éste tiene cielo propio; y quizá no sea tampoco más que una hondonada en el fondo de otro aún mayor, y así sucesivamente y sin fin. Admito que la idea es difícil de captar. Quizá fuese más sensato suponer que todos los mundos son hondonadas en esta única superficie común, y que la gran luz los alumbra a todos.

- Entonces, ¿por qué parece marcharse por las noches y palidecer incluso de día en el invierno?

- Acaso viaje en círculos, primero sobre un mundo, después sobre otro. Es muy pronto para saberlo.

- Si estás en lo cierto, eso supone que lo único que hemos de hacer es viajar un rato hasta que encontremos la cima del cielo de otro mundo. Entonces volveremos a sumergimos. Parece demasiado sencillo, al cabo de tantos preparativos.

Shar rió brevemente, pero en un tono que no sugería haber descubierto nada divertido.

- ¿Sencillo? ¿Aún no te has fijado en la temperatura?

Lavon si lo había notado, aunque de un modo casi inconsciente, pero ante la advertencia de Shar comenzó a experimentar una creciente sensación de sofoco. El contenido en oxígeno del agua no había disminuido, felizmente, pero la temperatura recordaba la de las capas altas en la última y peor parte del otoño. Era como respirar sopa.

- Than, consigue mayor rendimiento de las Vortas - pidió Lavon -. Esto va a ser insoportable si no aumentamos la circulación.

Era cuanto podía hacer por el momento sin apartar su atención del rumbo de la nave.

El tajo o desfiladero en las diseminadas y cortantes rocas estaba ya un poco más cerca, pero todavía parecían tener que cruzar millas de accidentado desierto. Al cabo de un rato, la nave cayó en un avanzar regular y penoso, con menos traqueteo que antes, pero también con menor progreso. Bajo ella sonaba ahora el rechinar deslizante del propio casco del vehículo, como si estuviese patinando sobre algún tosco lubricante de partículas tan grandes como la cabeza de un hombre.

Al fin Shar intervino:

- Lavon, hay que parar de nuevo. Aquí arriba la arena está seca y malgastamos energía al utilizar las ruedas de peldaños.

- ¿Estás seguro de que podremos soportarlo? - preguntó Lavon, jadeante -. Al menos nos movemos. Si nos detenemos para bajar las ruedas y cambiar otra vez de piñones, vamos a cocernos.

- Nos coceremos si no lo hacemos - dijo Shar, conservando la calma -. Algunas de nuestras algas han muerto y las demás se están marchitando. Esto es clara señal de que no podremos resistir mucho tiempo. No creo que consigamos llegar a la sombra si no cambiamos para conseguir mayor velocidad.

Se oyó el ahogado estertor de uno de los mecánicos.

- ¡Tenemos que volver! - dijo con rabia -. Fuimos hechos para el agua, no para este infierno.

- Pararemos - dijo Lavon -, pero no vamos a volver. De esto no hay más que hablar.

Sus palabras sonaban a bravata, pero aquel hombre le había puesto más fuera de sí de lo que se atrevía a confesar

- Shar - dijo -, hazlo deprisa, ¿quieres? El sabio afirmó con un gesto y descendió. Los minutos se hacían eternos. El gran globo blanco del sol flameaba sin pausa. Habla descendido mucho en el cielo, de modo que la luz que entraba en la nave iba directamente a la cara de Lavon, iluminando cada partícula flotante con sus rayos como largos filamentos lechosos. Las corrientes de agua que le rozaban las mejillas eran casi calientes.

¿Cómo atreverse a penetrar en aquél infierno? ¡El territorio que se hallase plenamente debajo de la «estrella» debía ser aún más cálido!

- ¡Lavon! ¡Mira a Para!

Lavon hizo un esfuerzo para volverse y contempló a su aliado proto. El gran dormilón se había instalado en la cubierta, donde yacía con sólo una débil pulsación de sus cilios. En su interior, las vacuolas empezaban a hincharse, a convertirse en burbujas

abotagadas y en forma de pera, en las que se acumulaba el protoplasma granulado presionando sobre los oscuros núcleos.

- Esta célula está muriéndose - dijo Para, con la misma frialdad de siempre -. Pero seguid... seguid. Hay mucho que aprender, y vosotros podéis vivir, aunque no podamos nosotros. No os detengáis.

-¿Estás... ya de nuestra parte? - susurró Lavon.

- Siempre hemos estado junto a vosotros. Llevad vuestra locura hasta el fin. Al final será un bien para nosotros, y también para el hombre.

El susurro se extinguió. Lavon volvió a llamarle, pero no obtuvo respuesta.

Hubo abajo un chocar de maderas, y después la voz de Shar llegó débilmente por uno de los megáfonos.

- ¡Sigue adelante, Lavon! Las diatomeas están muriéndose también y vamos a encontrarnos sin fuerza. Vete todo lo rápida y directamente que puedas.

Lavon se inclinó, sombrío.

- La «estrella» está exactamente encima del territorio al que nos acercamos.

¿Lo crees así? Pero puede descender aún más y las sombras se harán más largas. Es nuestra única esperanza.

Lavon no había pensado en esto. Gritó frente al sistema de megáfonos. Una vez más, la nave empezó a moverse.

Aumentaba el calor.

Incesantemente, con movimiento perceptible, la «estrella» se hundía frente a Lavon. De pronto, un nuevo terror le asaltó. ¿Y si seguía descendiendo hasta desaparecer por completo? A pesar de cuanto la habla maldecido, era la única fuente de calor. ¿No se enfriaría el espacio instantáneamente, conviniendo el interior de la nave en un bloque de hielo que lo haría estallar con la expansión?

Las sombras se alargaban amenazadoras, avanzando por el desierto hacia el vehículo. Nadie hablaba en la cabina, y sólo se oía el jadeante respirar y los ruidos de la maquinaria.

Después, el quebrado horizonte pareció precipitarse sobre ellos. Dientes de piedra mordieron en el borde inferior de la bola de fuego hasta devorarla poco a poco. Al fin, desapareció.

Estaban al pie de los acantilados. Lavon hizo que la nave girase hasta situarse paralela a la línea de rocas. La maniobra fue lenta y difícil. Lejano sobre sus cabezas, el cielo se oscurecía sin cesar.

Shar surgió silenciosamente de la compuerta y se acercó a Lavon, observando la creciente oscuridad y el alargamiento de las sombras arena adelante, hacia su mundo. No decía nada, pero Lavon sabía que ocupaba su mente aquél mismo pensamiento helador

- Lavon.

Se estremeció. La voz de Shar sonaba férrea.

- Dime.

- Tendremos que seguir marchando. Hemos de alcanzar el próximo mundo, esté donde esté, en el menor tiempo posible.

- ¿Cómo atrevemos a movernos cuando no sabemos adónde vamos? ¿Por qué no echar un sueño... si el frío nos lo permite?

- Nos lo permitirá - dijo Shar -. No puede ser muy peligroso aquí arriba. Si lo fuese, el cielo - o lo que solíamos llamar cielo - se helaría todas las noches, incluso en verano. Pero lo que ahora me preocupa es el agua. Las plantas van a dormirse. En nuestro mundo esto carece de importancia. La provisión de oxígeno es suficiente para durar toda la noche. Pero en este espacio cerrado, con tantos seres en él y sin ninguna renovación del agua, vamos a asfixiarnos.

Shar parecía ajeno a todo ello y hablaba con la voz de las implacables leyes físicas.

- Además - dijo, mirando abstraído el rudo paisaje - las diatomeas también son plantas. En otras palabras, debemos seguir avanzando mientras tengamos oxígeno y fuerza... y rogar que lo consigamos.

- Shar, hubo unos cuantos protos a bordo de esta nave. Y Para no está muerto del todo. Si lo estuviese, no se podría parar en la cabina. La nave está casi estéril de bacterias, porque todos ellos han estado devorándolas según su costumbre y no se renuevan, como no se renueva el oxígeno. Pero, a pesar de todo, tendría que registrarse algún descenso.

Shar se inclinó y tocó la membrana del inmóvil Para con un dedo.

- Tienes razón, sigue vivo. ¿Qué prueba esto?

- Las Vortas también están vivas; noto que el agua circula. Esto prueba que no fue el calor lo que atacó a Para. *Fue la luz.* ¿Recuerdas lo que le ocurrió a mi piel cuando

trepé más allá del cielo? La luz de la estrella sin filtrar es mortal. Hemos de añadirlo a la información de las placas.

- Aún no veo adónde vas a parar.

-A esto: Tenemos abajo tres o cuatro Noc. Estaban protegidos de la luz y por tanto deben seguir vivos. Si los concentramos en los bancos de las diatomeas, pensarán que aún es de día y seguirán trabajando. También podemos concentrarlos a lo largo del eje de la nave y hacer que las algas sigan produciendo oxígeno. De modo que la cuestión es: ¿Qué necesitamos más, oxígeno o fuerza? ¿O podemos partir la diferencia?

- Un pensamiento muy brillante - sonrió Shar -. Aún tendremos que hacer de ti un Shar, Lavon. No, yo diría que no podemos partir la diferencia. Hay algo en la luz diurna, una cierta cualidad que no posee la luz que emiten los Noc. Ni tú ni yo podemos advertirla, pero si las plantas verdes, y sin ella no fabrican oxígeno. De modo que tendremos que decidimos por las diatomeas... por la energía.

- De acuerdo. Dispónlo así, Shar.

Lavon condujo a la nave lejos de la falda rocosa del acantilado, hacia la suavidad de la arena. Ya había desaparecido toda traza de luz directa, aunque en el cielo quedaba todavía una leve claridad difusa.

- Apostaría a que encontraríamos agua allí, en el cañón, si pudiésemos alcanzarlo

- dijo Shar pensativo -. Bajaré a preparar... Lavon abrió la boca.

- ¿Qué ocurre?

En silencio, Lavon señaló con el corazón galopante.

Toda la cúpula de añil sobre sus cabezas estaba sembrada de luces diminutas e increíblemente brillantes. Había centenares, y cada vez más se hacían visibles a medida que aumentaba la oscuridad. Y a lo lejos, sobre el último borde de las rocas, campeaba un sombrío globo rojo, con creciente de plata. Cerca del cenit había otro cuerpo semejante, mucho más pequeño, y todo él plateado...

Bajo las dos lunas de Hydrot, y bajo las eternas estrellas, las dos pulgadas de madera de la nave espacial y su microscópica tripulación avanzaban ladera abajo hacia el breve arroyuelo medio seco.

La nave pasó el resto de la noche descansando en el lecho del cañón. Las grandes puertas cuadradas fueron abiertas de par en par para dar entrada al agua nueva, irradiada y vital... y a las flotantes bacterias que significaban alimento fresco.

Ningún otro ser se les aproximó mientras dormían, ni por curiosidad ni con afanes predatorios, aunque Lavon había apostado guardias en las puertas. Era evidente que incluso aquí arriba, sobre el suelo del espacio, las criaturas altamente organizadas se entregaban a la quietud durante la noche.

Pero cuando la primera claridad se filtró a través de las aguas, comenzaron las amenazas.

La primera fue el monstruo de los ojos saltones. Era verde y de tenazas poderosas, una sola de las cuales pudo haber roto la nave en dos como si se tratase de un tallo de espirogira. Tenía los ojos negros y esféricos, al extremo de cortas columnas, y sus largas antenas eran tan gruesas como un tronco de planta. Pero pasó con furioso movimiento de patas, sin advertir siquiera la presencia de la nave.

- ¿Será eso... una muestra de la clase de vida que podemos hallar en el nuevo mundo? - susurró Lavon.

Nadie contestó, por la buena razón de que ignoraban la respuesta.

Al cabo de un rato, Lavon se arriesgó a hacer avanzar la nave contra la corriente, que era lenta pero fuerte. Enormes gusanos ondulaban al pasar. Uno propinó un fuerte golpe al casco, y siguió su camino sin hacerle caso.

- No nos ven - dijo Shar -. Somos demasiado pequeños. Lavon, los antiguos nos previnieron de la inmensidad del espacio, pero aun viéndolo, es imposible comprenderlo. Y todas aquellas estrellas... ¿significarán lo que creo? ¡Es algo que excede al pensamiento y a la fe!

- El fondo desciende - dijo Lavon, mirando ansiosamente hacia delante -. Las paredes del cañón están abriéndose y el agua se hace algo fangosa. Deja ahora las estrellas, Shar; nos aproximamos a la entrada de nuestro nuevo mundo.

Shar se sentó caviloso. Su visión del espacio le había perturbado, quizá seriamente. Apenas advirtió la importancia de lo que sucedía, y siguió sumido en sus propias y crecientes reflexiones. Lavon sintió que el viejo abismo entre sus dos espíritus se abría una vez más.

Ahora el fondo volvía a ascender. Lavon no tenía la menor experiencia sobre la configuración de los deltas, porque ningún arroyo partía de su mundo, y el fenómeno le preocupó. Pero sus preocupaciones cedieron ante el asombro cuando la nave alcanzó la cima y asomó al otro lado.

Frente a ella, el suelo volvía a caer sin fin, hacia oscuras profundidades. Otra vez tenían encima un cielo normal, y Lavon pudo ver pequeñas balsas de plancton flotando plácidamente bajo él. Casi al mismo tiempo vio también varios protos de las especies más pequeñas, algunos de los cuales se aproximaban ya a la nave...

Fue entonces cuando la muchacha surgió como una flecha de las profundidades, con sus rasgos deformados por el terror. Al principio, ni siquiera vio la nave. Venía retorciéndose y girando flexiblemente por el agua, evidentemente esperando alcanzar el borde del delta y arrojarle a la corriente del riachuelo.

Lavon estaba estupefacto. No de que hubiese hombres - eso ya lo había esperado -, sino ante la obstinada huida de la muchacha hacia el suicidio.

- ¿Qué...?

Entonces un zumbido sordo empezó a crecer en sus oídos, y comprendió.

- ¡Shar! ¡Than! ¡Tanol! - gritó -. ¡Sacad ballestas y lanzas! ¡Abrid todos los huecos!

Levantó un pie e hizo saltar de una patada la gran compuerta que tenía ante sí. Alguien puso una ballesta en su mano.

- ¡Eh! ¿Qué sucede? - profirió bruscamente Shar

- ¡Infusorios!

El grito atravesó la nave como un choque galvanizante. En el mundo de Lavon los infusorios estaban virtualmente extinguidos, pero todos conocían bien la torva historia de la lucha que hombres y protos habían mantenido por largo tiempo contra ellos.

La muchacha vio de pronto la nave y se detuvo, asaltada por la desesperación a la vista del nuevo monstruo. Siguió arrastrada por su propio impulso, los ojos como hipnotizados fijos alternativamente en la nave y mirando por encima del hombro hacia donde el zumbido se hacía más y más fuerte en la oscuridad.

- ¡No te detengas! - gritó Lavon -. ¡Por aquí, por aquí! Somos amigos. Te ayudaremos.

Tres grandes trompetas semitransparentes de suave carne surgieron sobre la ladera, con la multitud de gruesos cilios de sus coronas agitándose vorazmente. Dicranes, los más rapaces de toda la tribu de los Devoradores. Reñían acaloradamente entre sí mientras avanzaban, con los pocos ruidos confusos y pre-simbólicos que constituían su «lenguaje».

Cuidadosamente, Lavon montó la ballesta, se la llevó al hombro y disparó. La saeta partió cantando a través del agua, perdió velocidad rápidamente y fue presa de una corriente transversal que la llevó más cerca de la muchacha que del Devorador al que Lavon había apuntado.

Se mordió el labio, bajó el arma y volvió a montarla. No valía despreciar la distancia; tendría que esperar hasta que pudiese disparar con provecho.

Otra flecha, cortando el agua desde una compuerta lateral, le hizo dar órdenes para que cesasen los disparos.

La súbita aparición de los infusorios decidió a la muchacha. El inmóvil monstruo de madera era desconocido para ella y aún no la habla amenazado... pero debía saber muy bien lo que era tener encima a tres Dicranes, tratando de arrebatarse mutuamente el mejor bocado. Se precipitó hacia la gran compuerta. Los Devoradores gritaron furiosos y se lanzaron con ansia tras ella.

Probablemente no lo hubiese logrado si la torpe visión del Dicrán que venía en cabeza no hubiese descubierto en el último instante la forma de madera de la nave. Retrocedió, zumbando, y los otros dos se desviaron para no chocar contra él. Después mantuvieron una nueva discusión, aunque difícil les sería expresar el objeto de su pelea. Eran incapaces de decir nada más complicado que el equivalente a «sí», «muerto» ~ «tú eres otro».

Mientras seguían riñendo, Lavon atravesó de parte a parte al más cercano con un tiro de ballesta. Se desintegró enseguida

- los infusorios son seres de organismo muy delicado a pesar de su ferocidad - y al momento los otros dos se enzarzaron en mortal batalla disputándose los restos.

- Than, haz una salida y acaba con esos dos mientras luchan - ordenó Lavon -. No olvides destruir también sus huevos. Ya veo que este mundo necesita una buena limpieza.

La muchacha se precipitó a través de la compuerta y fue a acurrucarse contra la pared más lejana de la cabina, temblando de terror. Lavon trató de acercársele, pero ella sacó de alguna parte una hoja de madera dura y puntiaguda. Él se sentó sobre la banqueta de su cuadro de control y esperó hasta que la novedad congregó en la cabina a Lavon, Shar, el piloto y el viejo Para.

- ¿Sois... los dioses de más allá del cielo? - dijo al fin la muchacha.

- Sí somos de más allá del cielo - asintió Lavon -, pero no somos dioses. Somos seres humanos, como tú. ¿Hay muchos aquí?

La muchacha parecía hacerse rápidamente cargo de la situación, a pesar de su salvajismo. Lavon tenía la extraña y quimérica impresión de reconocerla. Ella volvió a ocultar el cuchillo en su espeso pelo «¡Ah, pensó Lavon, es un truco que me conviene recordar! » y negó con la cabeza.

- Somos muy pocos. Los Devoradores lo llenan todo. Pronto acabarán con nosotros.

Su fatalismo era tan completo que en realidad aquello no parecía preocuparle.

- ¿Y nunca os habéis unido contra ellos? ¿No habéis pedido ayuda a los Protos?

- ¿Los Protos? - Hizo un gesto desdeñoso -. Están tan indefensos como nosotros frente a los Devoradores. No tenemos armas que maten a distancia, como las vuestras. Y ya es muy tarde para que tales armas puedan servir de algo. Somos muy pocos y ellos demasiados.

Lavon sacudió la cabeza con énfasis.

- Habéis tenido siempre un arma muy importante. Contra ella el número nada significa. Nosotros os enseñaremos a usarla. Podéis ser capaces de emplearla incluso mejor que nosotros en cuanto hayáis probado.

La muchacha volvió a encogerse de hombros.

- Alguna vez hemos soñado con ese arma, pero sin encontrarla nunca. No creo lo que me decís. ¿De qué se trata?

- De los cerebros - dijo Lavon -. No uno, sino muchos. El trabajo en equipo. La cooperación.

- Lavon dice verdad - afirmó una débil vocecilla desde la cubierta.

El Para se desperezaba débilmente. La muchacha le contempló con ojos desorbitados. El fenómeno del Para utilizando el lenguaje humano pareció impresionarla más que la nave y cuanto contenía.

Los Devoradores pueden ser vencidos dijo el leve zumbido de aquella voz -.

Los Protos os ayudarán, como ayudaron en el mundo del que venimos. Se opusieron a este vuelo por el espacio y privaron al hombre de su saber tradicional, pero el hombre hizo el viaje sin él. Los Protos no volverán a oponerse a los hombres. He hablado ya a los Protos de este mundo y les he dicho que cuanto el hombre sueña, lo consigue, quieran o no los Protos. Shar, tus placas de metal están contigo. Las ocultamos en la nave. Mis hermanos té conducirán hasta ellas. Este organismo va a morir Muere en la confianza que da el saber, como una criatura inteligente. Así nos lo

ha enseñado el hombre. No hay nada que el conocimiento... no pueda hacer. Con él, los hombres... han cruzado... han cruzado el espacio...

La voz se hizo un susurro y se extinguió. La brillante chinela siguió incólume, pero algo había huido de ella. Lavon miró a la muchacha. Sus ojos se encontraron.

- Hemos cruzado el espacio... - susurraba una y otra vez Lavon.

La voz de Shar le llegó desde la lejanía. El viejo-joven musitaba:

- Pero, ¿lo hemos cruzado?

Lavon miraba a la muchacha. No tenía respuesta para la pregunta de Shar. Y tampoco parecía importarle.

FIN

Escaneado por diaspar el 16/3/98

De

ANTOLOGIA DE CUENTOS DE FICCION CIENTIFICA

Selección de Dr. Javier Lasso de la Vega

Editorial Labor, S. A.

1965